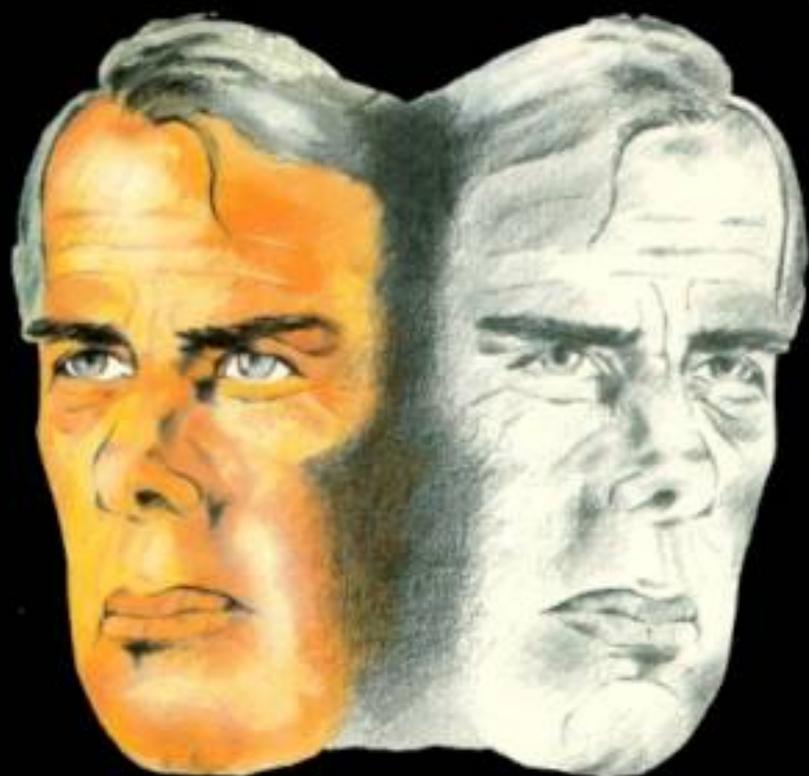

DONALD E. WESTLAKE

EL HOMBRE QUE CAMBIO DE CARA



E T I Q U E T A



N E G R A

«Donald Westlake es sin duda el número uno en Estados Unidos» (*New York Times*).

«Si hay algún autor que consigue cautivar al lector en cada una de sus novelas no importa la veta que está explotando, el tono en el que ataca o la historia que cuenta, ese es Westlake» (*Play Boy*).

«Westlake es uno de los más brillantes y de los más dotados autores de la novela negra norteamericana» (*Roger Martin*).

NOTA

En 1962, un nuevo autor apareció en el escenario norteamericano. Su nombre, Richard Stark, no tenía referencias previas. Su primera novela The Hunter (rebautizada más tarde como Point Black y conocida en español con el título de la película, A quemarropa), pronto escaló la lista de bestsellers y fue llevada al cine en 1967, con Lee Marvin y Angie Dickinson en los papeles estelares.

Parker, el personaje central, así, simplemente Parker, alteraba las reglas del uso de la novela detectivesca norteamericana: era un ladrón, eventualmente un asesino. ¿Quién era el tal Stark que se había atrevido a desmoralizar un género que por aquellos años ofrecía como permanentes personajes a detectives y policías amantes de la ley?

Donald Westlake, quien no pudo guardar durante mucho tiempo el secreto de su seudónimo, era el autor de la serie que tras A quemarropa había de seguir produciendo, en vista del éxito obtenido, al menos un libro al año The man with the get away face, The outfit, The Mourner, The score, The juggler, The seventh...

Para celebrar su cumpleaños número 30, había inaugurado un seudónimo y una serie. Lo haría varias veces más. Pero la serie de Stark tenía tanta fuerza o más que las novelas de Westlake de aquellos años; porque Parker, un profesional del crimen, era también un solitario, un moralista del crimen, un hombre con el código de Tarzán («sólo se puede matar a aquellos animales que lo agreden a uno o con los que se va a alimentar») o Wyatt Earp («deja que sea el otro

el que desenfunde primero»), y al mismo tiempo, un buen retrato hablado de su tiempo.

En nuestra colección ya han aparecido del mismo autor: ¿Por qué yo? (EN 1), Policías y ladrones (EN 6), Un gemelo singular (EN 39), Adiós, Sherezade (EN 45), Un diamante al rojo vivo (EN 50), Atraco al banco (EN 55), La luna de los asesinos (EN 81), Tiempo para matar (EN 86), El palomo fugitivo (EN 93).

PIT II

PARTE UNO

UNO

Cuando le retiraron los vendajes, Parker se encontró frente a un extraño en el espejo. Saludó con un gesto al desconocido y desvió la mirada hacia arriba, donde se reflejaba la imagen del doctor Adler.

Parker llevaba poco más de cuatro semanas en el sanatorio. Había ingresado con un rostro que el sindicato neoyorkino buscaba como diana de tiro y ahora iba a salir de allí con una cara que no significaba nada para nadie. Aquel nuevo semblante le había costado casi diez y ocho mil dólares; le quedaban unos nueve mil del último trabajo para poder ir tirando hasta ponerse de nuevo en marcha.

El tropiezo con el sindicato había sido un momento difícil, pero ahora eso ya estaba resuelto.

Parker permaneció ante el espejo contemplando al desconocido. Tenía la nariz larga y estrecha, las mejillas aplastadas y una boca amplia carente de labios; la mandíbula era prominente, sobre los párpados tenía dos bolsas carnosas que hacían sobresalir las cejas y le daban al rostro una expresión distorsionada y extraña. Sólo los ojos le resultaban familiares: ónicos jaspeados, fríos y duros.

Le habían hecho un buen trabajo. Pagado por adelantado, como hay que hacer estas cosas.

Parker volvió a saludar con un gesto a su nueva imagen. Se alejó del espejo para observar al médico que en ese momento se disponía a arrojar los vendajes en el cubo de desperdicios.

—¿Cuándo puedo salir de aquí?

—En cuanto esté listo.

El doctor Adler era un tipo alto y huesudo con el pelo canoso. De 1931 a 1939 había colaborado con el partido comunista de California en la organización de campamentos de huelguistas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, durante la cual había practicado la cirugía plástica en un hospital militar de Oregon, se había establecido como cirujano privado en San Francisco. Pero en 1949 un Comité del Congreso hizo que su pasado le estallase en la cara.

No fue condenado pero se vio privado de sus medios de subsistencia.

Desde 1951 se ganaba la vida realizando operaciones de cirugía plástica a proscritos en un sanatorio cercano a Lincoln, en Nebraska.

El doctor Adler cruzó la habitación en dirección a la puerta y se detuvo ante ella.

—Cuando esté dispuesto, baje a mi despacho, tengo una carta para usted.

—¿De Joe Sheer?

—Eso creo.

Joe Sheer era el viejo ladrón de cajas fuertes retirado que había servido de contacto entre él y el doctor Adler. El médico salió de la habitación. Parker abrió el armario ropero y sacó su traje nuevo, el marrón oscuro que había comprado de camino hacia el sanatorio y que todavía no había podido estrenar. Se apresuró a quitarse aquel pijama blanco y, ya vestido, se contempló una vez más en el espejo de cuerpo entero del interior del armario. Era un hombre ancho y trabado, de cintura esbelta y hombros de boxeador. Tenía las manos grandes, con venas abultadas, y los brazos eran largos y sólidos. Su aspecto era el de un hombre que sabe cómo hacer dinero sin necesidad de sentarse detrás de la mesa de un despacho. Aquel nuevo rostro armonizaba con el resto de su cuerpo tanto como el anterior. Satisfecho, tomó su maleta y salió de la habitación. Bajó las escaleras en dirección a la oficina. El sanatorio era grande; la

oficina, el recibidor y las viviendas de los empleados en el primer piso, las habitaciones de los pacientes en el segundo, veintitrés en total. El doctor Adler disponía de una plantilla de cuatro empleados: dos enfermeras, un cocinero y una especie de ayudante para todo. Sólo en ocasiones excepcionales había habido más de un paciente en aquel lugar, y la mayor parte del tiempo no había ninguno. Pero el Dr. Adler tenía que preocuparse de los permisos oficiales y de los impuestos federales, así que la mayor parte de las ganancias se le iba en cubrir las apariencias.

Parker entró en el despacho del doctor.

—He dejado arriba algo de ropa vieja. Si es tan amable, encárguese de que la tiren.

—Está bien. Tenga. —Le tendió un sobre.

Parker lo cogió y lo rasgó violentamente; dentro había una breve nota, escrita de prisa y a lápiz:

Mr. Anson:

Se me ocurre que usted podría estar interesado en una inversión rápida con triple nivel de protección y un beneficio garantizado de al menos cincuenta mil en un tiempo increíblemente corto. El capital es, por supuesto, móvil, y estoy convencido de que ha sido cuidadosamente estudiado contra futuros márgenes. Si se siente interesado, póngase en contacto con el señor Lasker, de Cincinnati, tan pronto como le sea posible. Se aloja en el Warwick.

Joe

Parker le dio la vuelta al sobre para examinar la solapa.

—Sí, lo abrí al vapor —admitió el doctor Adler.

—Mal trabajo —dijo Parker, arrojando el sobre y la carta sobre la mesa de despacho.

—A veces me aburro —el doctor se encogió de hombros— y se me ocurre leer la correspondencia ajena.

—Joe me había dicho que era usted de fiar.

—Sí, en lo que se refiere a su cara nueva, pero no a su correspondencia —sonrió incisivo—. Soy médico, señor Anson, y quiero seguir siéndolo. Si las circunstancias no me hubieran resultado tan adversas, hoy estaría ejerciendo en San Francisco, con pacientes más respetables y haciendo operaciones más lucrativas. No importa, sigo siendo médico. Eso es, médico, y no un soplón ni un ladrón. Usted ya me ha pagado todo lo que pretendía sacarle y, una vez que usted haya salido de aquí, jamás volveremos a saber el uno del otro, a menos que me envíe algún paciente o se vea necesitado de un nuevo rostro. Leí esta carta por puro capricho.

—¿Tiene usted con frecuencia caprichos de esta clase?

—Nunca tengo caprichos que puedan cortar mi suministro de pacientes, señor Anson.

Parker le observaba pensativo. Joe le había advertido que estaba un poco chiflado, pero que no había razón para preocuparse. Parker se encogió de hombros.

—Está bien. ¿Ha comprendido el significado de esta carta?

—No tengo ni la más ligera idea. Sin embargo, siento gran curiosidad por averiguarlo.

—Se trata de un atraco a un furgón blindado. Tres guardias. El golpe, según el plan trazado, no se llevará a cabo en el casco urbano, sino en mitad de una autopista. Cincuenta de los grandes podrían ser mi parte del botín. ¿No lo ve?

—El doctor leyó detenidamente, sujetando la carta con dos manos tan limpias que parecían blanqueadas.

—Sí, ahora lo entiendo —asintió.

—¿Puede hacer que su ayudante me acerque a la ciudad?

—Desde luego. Lo encontrará en la cocina.

—Gracias. Me llevaré la funda de la máquina.

—Ah, sí. Lo olvidaba.

El doctor se incorporó y se acercó a la caja fuerte de color verde oscuro que había en un rincón de la habitación. Hizo girar la combinación, la abrió y sacó una funda marrón claro de máquina de escribir. Dentro había ocho mil quinientos dólares, todos propiedad de Parker. Éste tomó la funda y recogió su maleta.

—Volveremos a vernos.

—Lo dudo.

Cuando Parker salió, el doctor estaba estudiando de nuevo la carta. Una extraña sonrisa había aparecido en sus labios.

DOS

El ayudante del doctor Adler estaba sonado, a pesar de que jamás se había subido a un *ring*. Había sido cabecilla del Partido, allá por los años treinta, entre los trabajadores temporeros del campo que llegaban como emigrantes, y aquella serie de retahílas dialécticas y doctrinales le habían devanado los sesos. Su anterior elocuencia dialéctica se había esfumado. Actualmente la conducción de un Chrysler hidráulico era la actividad más compleja que su cerebro era capaz de desarrollar. Tenía cincuenta y cuatro años, la cara llena de marcas y la piel alrededor de los ojos estaba cubierta de pequeñas cicatrices. El doctor le llamaba Stubbs.

Parker se encontró en la cocina, una habitación pulcra y reluciente que permanecía siempre immaculada porque la mayor parte de sus accesorios no habían sido utilizados jamás.

Stubbs estaba sentado sobre una mesa metálica. Apoyado contra la pared sostenía entre las manos un tazón blanco de café. La cocinera, una prostituta retirada de aspecto menudo llamada May, estaba leyendo la parte trasera de una caja de Fab.

—Tiene que llevarme a Lincoln —dijo Parker.

Stubbs frunció el ceño.

—Tenemos un Chrysler.

—¿Me está tomando el pelo, amigo?

—No —dijo May. Se dirigió a Stubbs—: A la ciudad, Stubbs. Quiere que lo lleves a la ciudad. —Se volvió hacia Parker—. ¿Está de acuerdo el doctor?

—Sí.

Stubbs descendió trabajosamente de la mesa.

—No conduje nunca un Lincoln —explicó—. Una vez conduje un Rolls, era de un simpatizante. Fue en algún lugar del Sur, cerca de Dago. Mataron a un tal Joe Goss aquella vez, lo abrieron en canal. Hubiera podido resultar una buena huelga; un diputado que atropella a aquella pobre chica, rompiéndole una pierna. Pero entonces los tipos tuvieron que matar a aquel Joe Goss y todo se acabó.

Se rascó la mejilla. Tenía la carne blanda y fofa debajo de las uñas.

—¿Adónde quiere ir?

—A la ciudad, Stubbs. Supongo que hacia la parte de los muelles —contestó May.

—Lo ha adivinado.

Stubbs abrió la marcha a través del almacén y salió por la puerta de atrás. El sanatorio estaba situado en terreno boscoso y empinado que ascendía por la parte trasera del edificio.

El garaje era una estructura de ladrillos, separada, situada a la izquierda del edificio, con una veleta sobre el tejado. Había espacio suficiente para cuatro coches, pero aparte del Chrysler sólo había otro vehículo, una furgoneta Volkswagen.

Parker colocó la maleta y la funda de la máquina de escribir en el asiento trasero del Chrysler y se acomodó delante, al lado de Stubbs.

Stubbs dio marcha atrás y dejó el coche con el motor en marcha para bajar la puerta del garage. Luego dio una amplia curva y rodeó el edificio, tomando la carretera asfaltada que conducía a la autopista de tres carriles en dirección a la ciudad.

Iban en silencio, Parker fumaba mientras contemplaba el paisaje. Su nuevo rostro empezaba a hacerle sentirse extraño. Notaba la frente y las mejillas tirantes, como si estuvieran pegadas con cola.

Antes de llegar a la ciudad, Stubbs desvió el coche hacia el arcén y lo detuvo. Lo puso en punto muerto y accio-

nó el freno de mano. Luego se volvió hacia Parker. Arrugó la cara en un esfuerzo por concentrarse, como si le costara trabajo recordar las palabras.

—Quiero hablar con usted —dijo—. Lo hago con todos los pacientes cuando se disponen a dejarnos.

Parker tiró el cigarrillo por la ventana y esperó.

—Una vez hubo un hombre que llegó buscando una cara nueva. El doctor se la hizo y luego a él se le ocurrió que lo mejor era matar al doctor porque de este modo nadie podría averiguar a quién albergaba realmente aquel nuevo rostro. No había ninguna, necesidad de hacerlo porque el doctor es un hombre en el que se puede confiar ciegamente. Pero aquel tipo no se fiaba, así que tuve que dejarle sin su cara nueva. ¿Me sigue?

Parker le sonrió.

—¿Crees que tú podrías dejarme sin cara?

—Sin ningún problema —aseguró Stubbs—. No vuelva, señor.

Parker le observó. Pero aquella clase de amenazas era propia de sonados. Se encogió de hombros.

—Un tipo llamado Joe Sheer me dijo que el doctor era de confianza, y yo me fío de su palabra.

La agresividad de Stubbs disminuyó.

—Sólo quería que usted lo supiera.

—Por supuesto —dijo Parker.

Hicieron el resto del camino en silencio. Stubbs lo dejó en la estación del ferrocarril. Parker compró un billete para Cincinnati. Tenía que esperar tres horas, así que facturó el equipaje y se fue al cine.

TRES

Cuando Parker entró en la habitación, el hombre que se hacía llamar Lasker estaba sentado en el borde de la cama. El Warwick era un hotelucho de cuarta categoría en el que se hospedaban tantos clientes en tránsito como residentes; tenía una fachada sucia sin marquesina y la habitación de Lasker era tal como Parker la había imaginado. Las paredes pintadas de verde y una descolorida imitación de alfombra persa en el suelo. La madera del marco de la ventana estaba astillada, como un pedazo de sierra seco y erosionado.

El hombre que se hacía llamar Lasker y cuyo nombre real era Skimm, levantó la vista al entrar Parker en la habitación. Dejó caer el vaso grande de *whisky* que sostenía en las manos y se precipitó a coger algo que había bajo la almohada.

—¿No te dijo nada Joe de mi cara nueva? —le preguntó Parker.

Skimm se detuvo con el Colt Woodsman a medio sacar de debajo de la almohada. Le miró de soslayo.

—¿Parker?

—El mismo.

Skimm seguía con el arma agarrada.

—¿Cómo te hacías llamar en Nebraska?

—Anson.

Skimm asintió y devolvió el Woodsman a su escondite.

—Te hicieron un buen trabajo —dijo—. Por tu culpa se me cayó el *whisky*.

Parker se acercó a la ventana y miró afuera. Traseras de edificios de ladrillos y negras estructuras metálicas oxida-

das sobre los tejados. Abajo había un patio de hormigón con forma de trapecio, lleno de papeles y cubos de basura.

—Elegiste un mal vecindario, Skimm.

Skimm estaba recogiendo el vaso que había arrojado al suelo cuando Parker entró. El líquido se había derramado, empapando la alfombra. Levantó la vista en dirección a Parker y se encogió de hombros, avergonzado.

—Todavía no tenemos financiación. —Levantó el vaso y miró la pizca de *whisky* que quedaba en el fondo—. Tengo que admitir que necesito este trabajo.

Parker lo sabía. Skimm, como la mayor parte de los hombres que llevan ese tipo de vida, va de negocio en negocio gastando más en un año de lo que otros ganan en cinco, siempre sin blanca y con aspecto de vagabundos. Parker no sabía cómo se las arreglaba, adonde iba a parar todo el dinero que ganaba.

Él era diferente. Entre golpe y golpe pasaba el tiempo gastando el dinero en los mejores hoteles y en ropa del más fino paño. No existía ninguna conexión entre la gente que trataba fuera de los negocios y la que pertenecía a la profesión. Tenía un par de negocios de aparcamientos y gasolineras esparcidos por distintos puntos del país, con objeto de satisfacer la curiosidad de los sabuesos del fisco, pero jamás mantenía contacto con ellos. Dejaba que los gerentes disfrutaran de los beneficios a cambio de que no le pidiesen tomar parte activa en los negocios.

Regresó del ventanal. La habitación contaba con un gran sillón de cuero verde que tenía un enorme desgarrón en el asiento, tapado con cinta adhesiva. Parker se dejó caer en él pesadamente.

—Está bien. ¿Quién más anda metido en esto?

—Hasta ahora sólo yo y Handy McKay. Ando detrás de Lew Matson y Little Bob Foley. Quizá necesitemos más; eso es todo lo que hay.

—¿Y tú quieres que yo me encargue de organizar el asunto, eh?